

---

---

1856

La Italia.—La Grecia.

I.

El 25 de Mayo de 1856, cuando Víctor Hugo empezaba á instalarse en su nuevo destierro de Guernesey, le escribió Mazzini, que antes estaba en Lóndres, estas líneas:

“Os pido que digais algunas palabras en pró de Italia. Se inclina en este momento hácia los reyes. Advertidla y enderezadla.

J. MAZZINI.”

El 1.º de Junio los periódicos ingleses y belgas publicaron lo que vá á leerse:

“Nos ha remitido José Mazzini el siguiente llamamiento á Italia, que firma Víctor Hugo:

“A ITALIA.

Italianos, os habla un hermano desconocido, pero apasionado vuestro. Desconfiad de lo que los Congresos, los Gabinetes y los diplomáticos os preparan en estos momentos. La Italia se agita, presenta síntomas de despertar, y perturba y preocupa á los reyes, que creen que es urgente volverla á adormecer. Estad alerta; no tratán de apaciguaros, que el sosiego solo se encuentra en la satisfaccion del derecho; lo que pretenden daros es el letargo, es la muerte. Desconfiad del lazo que se os tiende. Por halagüeño que os sea en apariencia, no perdais de vista la realidad. Lo que la diplomacia parece que haga por vosotros, lo trama contra vosotros.

Lo que os ofrecen los príncipes son reformas, mejoras administrativas, am-

nistías, perdonar vuestro heroismo, algo de secularizacion, algo de liberalismo, el Código de Napoleon, la democracia bonapartista, la antigua Carta dirigida á *Edgar Ney*, vuelta á escribir con la sangre de Paris por la mano que mató á Roma. Prestareis oídos y direis: “Contentémonos con esto,” y sois capaces de aceptar y de desarmaros. ¡Aplazaríais la sombría y espléndida revolucion latente que está incubada en vuestros corazones y que flamea en vuestros ojos! ¿Es eso posible?

No teneis fé en el porvenir? ¿No conocéis, pues, que el imperio caerá mañana, y que, caído el imperio, la Francia se levantará, y que estando la Francia en pié, será la Europa libre? Sois italianos, esto es, lo más selecto de la humanidad; constituís una nacion madre, uno de los grupos más brillantes de hombres que viven en el mundo, y no conoceríais que somos vuestros hermanos por la idea que nos domina y por la prueba por que pasamos; no conoceríais que el eclipse actual terminará de repente para todos á la vez?... Sí; sea Francia ó sea Italia, el primero de los dos pueblos que se levante ayudará á levantar al otro. Diremos más; somos el mismo pueblo, somos la misma humanidad. Vosotros la República romana, nosotros la República francesa: nos anima el mismo hábito de vida; los franceses no podemos esquivar el resplandor de la Italia, y vosotros, los italianos, no podeis sustraeros al resplandor de Francia. Media entre nosotros profunda solidaridad humana, de la que nacerá el conjunto durante la lucha y la armonía despues de la victoria. El porvenir consistirá en la federacion de las naciones continentales, que

serán hermanas y reinas, y coronándose cada una de ellas con la libertad de todas, se verificará la fraternidad de las pátrias en la suprema unidad republicana, en los Pueblos-Unidos de Europa.

No apartéis la vista ni un solo momento de ese porvenir magnífico. La gran solución se aproxima; no permitais que os den una solución aparte. Desdeñad los ofrecimientos de andar poco á poco, sosteniéndoo los andadores los príncipes. Hemos llegado ya al tiempo de dar los pasos formidables que se llaman revoluciones. Los pueblos pierden siglos, pero los recobran en una hora. Para la libertad, lo mismo que para el Nilo, la fecundación es la submersión.

Tengamos fé. No aceptéis términos medios, ni paliativos, ni semimedidas, ni semiconquistas. No se deben aceptar concesiones cuando se tiene el derecho y el apoyo de los príncipes y de los pueblos. Es abdicar aceptar esta clase de progreso. Los casi casi no bastan. Todo se realizará, y todo se realizará dando un paso y en un solo día. Tengamos fé.

Cuando suene la hora de la caída, la revolución, sin prepararse, sin transición alguna, lanzará sobre Europa su prodigioso deslumbramiento de libertad y de entusiasmo, y solo dejará al mundo antiguo el tiempo preciso para caer. No aceptéis nada de él; está muerto, y la helada mano de los cadáveres nada puede dar.

Hermanos, siendo como sois la antigua raza de Italia, en cuyas venas circulan los hermosos siglos de la historia y la sangre de la civilización; cuando no habeis degenerado; cuando sabeis encontrar los grandiosos niveles del pasado; cuando habeis hecho el memorable esfuerzo de la Constituyente y del triunvirato; cuando en 1849 probásteis que aun sois la primitiva Roma, puede decirse que teneis en vosotros mismos todo lo que necesitais, que la emancipación está en vuestra mano y el destino en vuestra voluntad; debeis despreciar y debeis rechazar los ofrecimientos de los príncipes y no permitir que os den lo que os podeis tomar.

Recordad los suplicios de todas clases, recordad el martirologio que habeis sufrido, y sobre todo recordad vuestro notable programa romano y procurad realizarlo: él encierra vuestra completa libertad y vuestra salvación. No olvidéis nunca la vergonzosa frase que os dirigió la diplomacia: *Italia no es una nación, es un término geográfico*. No tengais otro pen-

samiento más que el de vivir de vuestra vida propia.

Italianos, la hora se acerca, y lo digo para vuestra satisfacción, influis muchísimo para que venga, porque causais gran inquietud á los tronos continentales. Italia es el punto de la solfatara europea que desprende en estos momentos más humo.

El reinado de los mónstruos y de los déspotas grandes y pequeños está próximo á terminar. Acordaos siempre que sois hijos de una tierra predestinada para el bien, refractaria al mal, en la que lanzan su sombra los dos gigantes del pensamiento humano, Miguel Angel y el Dante; Miguel Angel que representa el juicio, y el Dante que representa el castigo.

Conservad vírgen vuestra misión sublime. No os durmais, no os amodorreis, y agitaos, agitaos. Vuestro deber y el nuestro consiste hoy en la agitación, y consistirá en la insurrección mañana.

Vuestra misión es á un tiempo destructora y civilizadora y es imposible que no se realice. No lo dudeis; la Providencia hará salir de las sombras que nos envuelven una Italia grande, fuerte, libre y feliz. Llevais en vuestras entrañas la revolución que devorará el pasado y la regeneración que fundará el porvenir.

La frente augusta de Italia, entre las tinieblas que nos rodean, nos deja entrever los primeros resplandores del incendio y las primeras claridades del alba.

Rechazad lo que se os ofrece. Poneos en guardia y creed. Desconfiad de los reyes y confiad en Dios.

VÍCTOR HUGO.

Guernesey 26 Mayo 1856.

## II.

### La Grecia.

A ANDRÉS RIGOPOULOS.

He recibido con gran satisfacción vuestro excelente periódico que me enviáis: lo leo con profundo interés, y os doy las gracias desde el fondo de mi corazón.

Continuad la obra santa, ya que sois uno de los principales obreros; trabajad para conseguir la unidad de los pueblos. El espíritu de Europa debe reemplazar hoy día al antiguo espíritu de las nacionalidades, y corresponde servir de ejemplo á las naciones más ilustres, á la Grecia, á la Italia y á la Francia. Pero ante todo,

para conseguir esto es preciso que ellas se pertenezcan, que sean dueñas de sí mismas; es preciso que la Grecia acabe de rechazar á la Turquía, que la Italia se sacuda del Austria y que la Francia desgarre el imperio. Cuando estos grandes pueblos se desprendan de sus sudarios, lanzarán estos tres gritos: Unidad! Europa! Humanidad!

Estos gritos simbolizan el porvenir. La voz de la Grecia será una de las que más se escuchen. Hombres como vos son dignos de hacerla oír. Hace ya muchos años que fui yo uno de los primeros que lucharon por la emancipación de la Grecia, y os doy las gracias por haberlo recordado.

La Grecia, la Italia y la Francia han

llevado sucesivamente en sus manos la antorcha de la civilización; pero ahora, en el siglo diez y nueve, deben cedérsela á Europa, aunque conservando siempre su resplandor. Debemos los pueblos y los individuos ser cada día menos egoístas y más hombres. Exclamad: ¡Viva la Francia! mientras yo exclamo: ¡Viva la Grecia!

Os felicito, compañero de Esquilo y de Pericles, que luchais por los principios de la humanidad. Es muy honroso haber nacido en el país de la civilización y llevar en él la bandera de la libertad.

Os estrecha cordialmente la mano

VÍCTOR HUGO.

Guernesey 25 Agosto 1856.

La amnistía aquí y el patíbulo allá.—Al lado del crimen de Europa el crimen de América.—John Brown.

I.

La amnistía.

Al cabo de ocho años, el criminal creyó oportuno absolver á los inocentes; el asesino ofreció el perdón á los asesinados, el verdugo sintió necesidad de indultar á las víctimas. Decretó que los proscriptos regresasen á Francia. Víctor Hugo hizo la siguiente

“DECLARACION.

Nadie esperará acaso que yo dedique unos momentos mi atención á ocuparme de eso que llaman amnistía.

En la situación en que se encuentra la Francia, mi deber es protestar de ella absoluta, inflexible y eternamente.

Fiel al compromiso que he contraído con mi conciencia, participaré hasta el fin del destierro que sufre la libertad. Cuando la libertad entre en Francia, entraré yo.

VÍCTOR HUGO.

Hauteville-House 18 Agosto 1859.”

II.

John Brown.

La democracia iba también á cometer un crimen. La noticia de haber condenado á muerte á John Brown llegó á Europa el 2 de Diciembre de 1859, en el momento mismo de ese aniversario que recordó á Víctor Hugo las necesidades

del deber; entonces dirigió á América, sirviéndole de intermediarios todos los periódicos libres de Europa, la carta siguiente:

“A LOS ESTADOS-UNIDOS DE AMÉRICA.

Cuando se piensa en los Estados- Unidos de América acude en seguida á nuestra imaginación la figura grave y majestuosa de Washington; pues en la patria de Washington ved lo que sucede en estos momentos.

Existen hoy esclavos en los Estados del Sur, y esto indigna, como monstruoso contrasentido, la conciencia lógica y pura de los Estados del Norte. Un hombre blanco, un hombre libre, John Brown, quiso librar de la servidumbre á esos hombres negros, á esos hombres esclavos, intentando empezar por la manumisión de los esclavos de la Virginia. Puritano, religioso y austero, ha levantado entre sus hermanos la bandera y el grito de emancipación; pero los esclavos, enervados por la esclavitud, no respondieron á su llamamiento. La esclavitud produce la sordera del alma. Aunque se vió abandonado, John Brown luchó y combatió, teniendo á su lado algunos hombres heroicos; pero acribillaron á balazos á él y á sus dos hijos, que, mártires de su santa causa, cayeron muertos á su lado. Se apoderaron de él. Poco despues fué juzgado, como también cuatro de los suyos, Stephens, Copp, Green y Coplands.

Referiremos en dos palabras el proceso.

A pesar de estar John Brown en el le-

cho con seis heridas mal cerradas; á pesar de no apartarse de su memoria la imagen de sus dos hijos, muertos á su lado; mediando tan solo cuarenta minutos de deliberacion, le sentenci6 el tribunal á la pena de muerte, lo mismo que á dos de sus compañeros. Afirmo bajo palabra de honor que eso no ha sucedido en Turquía, sino en América.

No se obra impunemente de esa manera á la faz del mundo civilizado. La conciencia universal tiene los ojos abiertos. Piensen que les está mirando los jueces de Charlestown, Hunter y Parker, los jurados que poseen esclavos y toda la poblacion de la Virginia. Piensen que las miradas de Europa se fijan en este momento en América.

John Brown, condenado á muerte, debia haber sido ahorcado hoy 2 de Diciembre; pero acaba de llegarnos la noticia de que se ha diferido la ejecucion de la sentencia hasta el dia 16. Corto es el plazo é insuficiente para que llegue donde debe llegar el grito de misericordia; pero no importa, es un deber lanzarlo.

Quizás un segundo plazo se le concede despues del primero. La América es un pais noble, y se despierta pronto el sentimiento humano en las naciones libres. Confiamos en que se indultará á John Brown; si así no sucediese, sus verdugos no serian ni el *attorney* Hunter, ni el juez Parker, ni el gobernador Wyse, ni el pequeño Estado de Virginia; su verdugo seria—me extremezco pensándolo—la gran República americana.

En la expectativa de semejante catástrofe se extremece más el corazon cuanto más venera, cuanto más admira esa República. Un solo Estado no puede tener facultad para deshonorar á todos los demás, y es evidente que tiene derecho para impedirlo la intervencion federal; porque si no interviniese la Union, degeneraria en complicidad. Aunque se indignen los generosos de los Estados del Norte, los Estados del Sur los asocian al oprobio de tal asesinato, y todos los que tenemos por patria comun el símbolo democrático, creemos que hasta cierto punto nos alcanza ese compromiso: si se levantara el patibulo el 16 de Diciembre, desde entonces en adelante, ante la historia incorruptible, la augusta federacion del Nuevo Mundo añadiría á sus solidaridades santas una solidaridad sangrienta, y el haz radiante de esa República espléndida tendria por lazo

el nudo corredizo de la horca de John Brown.

Ese lazo mata.

Cuando reflexionamos lo que intentó hacer ese emancipador, ese combatiente en nombre de Jesucristo, y que por eso vá á morir ahogado por la República americana, el atentado adquiere las proporciones que tiene la nacion que le comete; y cuando esta nacion es una de las glorias del género humano y uno de los principales órganos de la civilizacion, que sobrepuja con frecuencia á la Europa en adoptar algunas sublimes audacias del progreso, creemos que John Brown no morirá, porque nos hace retroceder con espanto la idea de que cometa tan gran crimen pueblo tan grande.

Bajo el punto de vista político, el asesinato de Brown seria cometer una falta irreparable; causaria á la Union una herida que podria dislocarla. Seria posible que la ejecucion de esa sentencia consolidara la esclavitud en Virginia, é indudablemente conmoveria á toda la democracia americana.

Bajo el punto de vista moral, parece que eclipsaria parte de la civilizacion humana, oscureciendo lo justo y lo injusto el dia que la emancipacion consumara el asesinato de la libertad.

Yo, que solo soy un átomo, pero que como todos los hombres encierro en mí la conciencia humana, me arrodillo llorando ante la bandera estrellada del Nuevo Mundo, y ruego, juntando las manos, con respeto filial y profundo, á la ilustre República americana, que no falte á la ley moral universal, que salve á John Brown, que destruya el patibulo del 16 de Diciembre y que no permita que se consume á su vista un crimen que supere al primer fratricidio. Es menester que América lo sepa y que reflexione, que si hay algo más espantoso que Caín matando á Abel, es Washington matando á Spartacus.

VICTOR HUGO.

Hauteville-House 2 Diciembre 1859.

John Brown fué ahorcado. Víctor Hugo le escribió este epitafio: *Pro Christo, sicut Christus*. Con la muerte de aquel se realizó la profecía de éste. Dos años despues de la prediccion que acabamos de publicar se *dislocó* la Union americana; estalló la guerra atroz entre el Sur y el Norte.

# 1860

Regreso á Jersey.—Garibaldi.

I.

## Regreso á Jersey.

El 18 de Junio de 1860 se vió en Jersey singular espectáculo. En todas las paredes habia anuncios pegados que decian: *Victor Hugo ha llegado*. Cinco años atrás Jersey le expulsó, y entonces todo el pueblo, con el traje de los dias de fiesta, saludaba á Víctor Hugo en la calle de Saint-Helier.

Hé aquí lo que habia sucedido:

Se verificaba entonces la maravillosa expedicion de los Mil, que deslumbró á Europa. La historia no tiene entre actos. Los libertadores se suceden y se parecen, pero sus destinos son muy diferentes. Tras John Brown aparece Garibaldi. Se trataba en aquellos momentos de ayudar á Garibaldi en su soberbia empresa. Se organizó en Inglaterra una vasta suscripcion, y Jersey pensó que Víctor Hugo, con su elocuente palabra, podria aumentarla. A la sazón la isla estaba avergonzada de haberle expulsado en 1855. Una comision, dirigida por Felipe Asplet y por Derbyshire, presentó á Víctor Hugo una exposicion, firmada por quinientos habitantes notables de Jersey, en la que le suplicaban que volviese á la isla y que en ella hablase en favor de Garibaldi. Víctor Hugo entró en Jersey el 18 de Junio de 1860, y ante una multitud inmensa y conmovida pronunció el discurso siguiente:

“Señores:

Acudo á vuestro llamamiento. Allí donde se levanta una tribuna en favor de la libertad, allí me presento; á ello me

impulsa el instinto, á ello me obliga el deber.

En estos instantes no debe ser nadie indiferente á los grandes acontecimientos que se realizan; necesita la obra augusta de la emancipacion universal, que está empezando ahora, el esfuerzo, el concurso y la fuerza de todos; porque cuando se levanta el grito en todos los pueblos debe tener eco en las entrañas de todos los hombres, y el que solo tiene un óbolo debe darlo á los libertadores, y el que solo tiene una piedra debe arrojarla á los tiranos.

Unos deben obrar, hablar otros y trabajar todos. Manos á la obra, que tenemos el viento propicio. ¡Que alegren á los héroes las alegrías públicas y los entusiasmos de las multitudes! ¡Que los que no combatan con la espada, combatan con el pensamiento! ¡Que ninguna inteligencia permanezca neutral, que ningun espíritu esté ocioso, que encuentren afecto y apoyo los que luchan! ¡Que alrededor del hombre valiente, que está en pié en Palermo, brille una hoguera sobre todas las montañas de la Sicilia y un resplandor en todas las cumbres de las de Europa!

Acabo de pronunciar la palabra tiranos, y pronunciándola, ni exagero ni calumnio al gobierno napolitano. Mejor que mis palabras lo probarán los hechos.

Os suplico que presteis atencion, porque voy á referiros su historia viva, ó mejor dicho, su historia sangrienta.

El reino de Nápoles no tiene más institucion que la policia. Cada distrito tiene una comision de bastonadas.

Los dos esbirros, Ajossa y Maniscalco, imperan á las órdenes del rey; el prime-